

EUROPA Y EL VERDADERO «DESAFIO»: EL DESORDEN INTERNACIONAL

“Nuestro mundo está hoy sometido, más que nunca, a la ley del cambio... No tengo la sabiduría necesaria—quizá nadie esté dotado de ella—para penetrar en todas las causas de esas fuerzas de transformación, para definir el sentido o la meta. Sin embargo, nadie puede negar su persistencia o su vigor... Esas potencias de transformación no sólo alteran la vida de los individuos, sino que conmueven la estructura misma de los Estados, de *todos* los Estados” (*).

LESTER B. PEARSON.

La realidad es que, según indica la Declaración colectiva del Episcopado español para la etapa postconciliar, *nuestro mundo vive entre el temor y la esperanza*.

En el capítulo del temor, cabe traer al recuerdo el dilema de Schwoebel: «Si la organización de la Comunidad mundial no se hiciera democráticamente y si... la ayuda a los países subdesarrollados no fuera institucionalizada, multiplicada y hasta impuesta a los Estados por una Autoridad internacional, nada podría impedir que esos millares de millones de hombres subdesarrollados cediesen a la tentación de la violencia y volviesen sus ojos hacia Pekín. Entonces, en un mundo que el nacionalismo paternalista de las grandes Potencias habría impedido organizar en Comunidad democrática y muy social—por no decir socializante—, la división entre las naciones proletarias y las naciones *possédantes* tomaría un carácter de inmensa gravedad». (Sin mencionar el peligro nuclear.)

En el capítulo de la esperanza, la trascendencia de la puesta en juego: la existencia de todo el género humano. (Llamamiento a la prudencia.)

¿Y existen esperanzas?

(*) Ottawa, sesión inaugural de la Conferencia sobre la Constitución, 5 de febrero de 1968.

La pregunta es fácilmente explicable, ante la tremenda realidad de *la ausencia de un «mando» en el ámbito universal*.

Aquí es de recordar la patética preocupación manifestada por Ortega y Gasset en el capítulo XIV de *La rebelión de las masas*, con las palabras registradas a continuación: «En estas jornadas de la postguerra [naturalmente, la siguiente a la paz de Versalles], comienza a decirse que Europa no manda ya en el mundo. ¿Se advierte toda la gravedad de ese diagnóstico? Con él se anuncia un desplazamiento del poder. ¿Hacia dónde se dirige? ¿Quién va a suceder a Europa en el mando del mundo? Pero, ¿se está seguro de que va a sucederle alguien? Y si no fuese nadie, ¿qué pasaría?»

Como ha precisado Díaz Doin¹, «en los dos interrogantes subrayados se condensa todo el dramatismo de la cuestión, o, por mejor decir, del hecho terrible de que el mundo se quede sin alguien que mande». La circunstancia de que Europa haya perdido, o ya no tenga, que es lo mismo, la dirección de los asuntos internacionales, posee una importancia relativa. A lo sumo, podría ser un contratiempo o constituir una contrariedad para los europeos. Mas ello no vendría a ser sino uno de tantos casos de cambios o desplazamientos de la titularidad del poder o de la hegemonía a que tan acostumbrados nos tiene la historia.

Cierto. Ciertamente. Lo que, a fin de cuentas, entraña el máximo peligro es otro asunto. Es lo que hace bastantes años engendraba la preocupación de Ortega: La preocupación provenía no de que Europa hubiese dejado de mandar en el mundo, sino de lo que era aún peor: de la posibilidad de que no hubiese nadie que la reemplazase en esas funciones rectoras.

Pero, como se ha escrito en una afamada revista argentina, lo tremendo es que ahora, transcurridas casi cuatro décadas del grito de alarma, *estamos en una situación todavía más grave que la denunciada*. «No sólo no ha aparecido nadie dispuesto a ejercer esa hegemonía, que ha permitido en otras épocas, con todos sus defectos e inconvenientes, poner un relativo orden en la vida internacional, sino que asistimos, por el contrario, al alarmante espectáculo de dos grandes Potencias, dos grandes *colosos*, que se disputan, con uñas y dientes, el predominio mundial».

Y la realidad es que, hace años, no se necesitaba ser demasiado perspicaz «para señalar como posibles herederos de ese mando a los Estados Unidos de Norteamérica o a la Unión Soviética».

¹ Vid. GUILLERMO DÍAZ DOIN: «¿Quién manda en el mundo?», *Sur*, Buenos Aires, mayo-junio 1959, págs. 64-67.

Llegados a este punto, resulta natural que reproduzcamos las apreciaciones de Ortega, esculpidas en el texto citado: «No importaría que Europa dejase de mandar, si hubiere alguien capaz de sustituirla. Pero no hay sombra de tal. Nueva York y Moscú no son nada nuevo con respecto a Europa². Son uno y otro dos parcelas del mandamiento europeo que, al disociarse del resto, han perdido su sentido. En rigor, da grima hablar de Nueva York y de Moscú. Porque uno no sabe con plenitud lo que son...Pero, aun sin saber plenamente lo que son, se alcanza lo bastante para comprender su carácter genérico. Ambos, en efecto, pertenecen de lleno a lo que algunas veces he llamado 'fenómeno de *camouflage* histórico'. El *camouflage* es, por esencia, una realidad que no es la que parece. En todo hecho de *camouflage* histórico hay dos realidades que se superponen: una profunda, efectiva, sustancial; otra aparente, accidental y de superficie. Así, en Moscú hay una película de ideas europeas—el marxismo—pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino—lo que importa mucho más—de una edad diferente que la nuestra. Un pueblo aún en fermento; es decir, juvenil... Cosa muy semejante acontece con Nueva York. También es un error atribuir su fuerza actual a los mandamientos a que obedece. En última instancia, se reducen a éste: la técnica. ¡Qué casualidad! Otro invento europeo, no americano. La técnica es inventada por Europa durante los siglos XVIII y XIX. ¡Qué casualidad! Los siglos en que América nace. ¡Y en serio se nos dice que la esencia de América es su concepción practicista y técnica de la vida!... Por razones distintas que Rusia, los Estados Unidos significan también un caso de esa específica realidad histórica que llamamos 'pueblo nuevo'... América es fuerte por su juventud, que se ha puesto al servicio del mandamiento contemporáneo 'técnica', como podía haberse puesto al servicio del budismo, si éste fuese la orden del día. Pero América no hace con esto sino comenzar su historia. Ahora empezarán sus angustias; sus disensiones, sus conflictos. Aún tiene que ser muchas cosas; entre ellas, algunas de las más opuestas a la técnica y al practicismo.»

² Con esos módulos coincidirán otras mentes occidentales. Por ejemplo, DENIS DE ROUCEMONT ha escrito: «El S. E. de Asia envidia a China y quisiera secretamente imitarla; pero China corre tras Rusia, esperando batirla en su propio terreno; y Rusia proclama, a su vez, desde hace treinta años, que lo hará mejor que América—la cual es, en definitiva, una creación de Europa—. El ciclo se cierra volviéndonos a Europa.» Consultar su artículo «Decadencia, caída, renacimiento», *Revista de Occidente*, Madrid, noviembre-diciembre 1963, págs. 159-160.

Lo indudablemente cierto—diremos con Díaz Doin—es que esos dos presuntos herederos del mando, señalados por Ortega, Norteamérica o la Unión Soviética, se disputan la universalidad del patrimonio vacante. «Existe una especie de condominio, fuente de constantes disputas y conflictos. Ninguno de los coherederos cede en sus derechos, o, más que en sus derechos, en sus títulos de hecho—valga la *contradictio in terminis*—, y esa circunstancia de *mando compartido o dividido* crea una situación de anarquía internacional, en la que, como hay dos Potencias que aparentemente lo ejercen, las demás naciones siempre encuentran el medio de eludir la subordinación o acatamiento.» Y ello trae unas consecuencias de desorden, de perturbación, extraordinarias.

Y ha sido Ortega el que ha afirmado: «La función de mandar y obedecer es decisiva en toda sociedad.» «Como ande en ésta turbia la cuestión de quién manda y quién obedece, todo lo demás marchará impura y torpemente.» Y ésta es la realidad del mundo, que no marcha, y, lo que es peor, que no ve salida a la situación que tiene planteada.

Evidentemente, reina una sorprendente anarquía en la esfera internacional. Vivimos un período de *feudalismo nacional*, consistente en que todos los países obran por su propia cuenta, sin atenerse a más razones y normas que las de su particular interés. Cada cual obra como más le place, e incluso los pequeños países actúan irresponsablemente, por falta de una Autoridad suprema que, en alguna forma, manda en el mundo³.

Pero lo más lamentable del caso no es—ha notado el mentado Díaz Doin—que carezcamos de una Autoridad internacional, sino todavía algo peor: que el ejercicio de esa Autoridad se lo disputen dos grandes Potencias.

Todavía más. Conforme transcurre el tiempo, la *leadership* de una Superpotencia y de otra es puesta más en duda.

Hoy, el mundo comunista está dividido y es incapaz de dar lecciones de unidad. Su *leadership* está amenazada por sus propios discípulos. Aparte de otras notorias incapacidades sociales.

Los Estados Unidos, magistralmente organizados desde el punto de vista económico—gracias también al hecho de que en la época contemporánea no han tenido que sufrir sobre su territorio guerras y destrucciones—, han fra-

³ Cons. GUILLERMO DÍAZ DOIN: «El feudalismo del siglo XX y el Gobierno mundial», *Cuadernos Americanos*, México, marzo-abril 1968. Vid. LEANDRO RUBIO GARCÍA: «La tradición de la libertad americana y el poder de los Estados Unidos», *Universidad*, Zaragoza, 1-2, 1959, separata, págs. 27-31.

casado en política extranjera. (Vid. Cuba, Iberoamérica, Extremo Oriente.) Por otro lado, su sociedad produce circunstancias como ésta: «los *kidnappers* del hijo de Frank Sinatra han sido *descubiertos* en cuarenta y ocho horas. Pero, en lo que respecta al asesinato de Kennedy, todavía no se sabe si se ha realizado por Oswald o por otros...»⁴.

Recuérdese cómo, en distintas ocasiones, no hemos resistido la tentación de citar un texto en el que se nos habla de *un coloso sin cerebro* y de *otro sin corazón*...

Pues bien; como paliativo a tamaña situación, y en tanto que se arriba al fortalecimiento del sistema mundial organizado, se impone el fortalecimiento de los *subsistemas*⁵. Es la llamada al regionalismo internacional.

Regionalismo entendido como⁶:

a) Defensa de la entidad de los Estados pequeños o medios. Para una corriente doctrinal, las naciones pequeñas han quedado rebajadas al rango de simples posiciones estratégicas en el combate entre los *titanes* (Perutka). Y, en presencia de los Superestados que luchan por la dirección del mundo, los Estados pequeños o los Estados de importancia media no pueden conservar su independencia—ha argumentado lord Gladwyn—más que uniéndose, de una manera o de otra, para crear ellos mismos la equivalencia de un Superestado.

b) Defensa de las comunidades culturales. Directriz mantenedora de una estructura institucional corporativa internacional, a base de grupos de familia ligados por vínculos de sangre, pensamiento, fe, etc. Adviértase cómo ideas, técnicas y modos de vida se difunden a escala planetaria. De *colonización mental* ha hablado Oliveira Salazar. Lo que está en juego es la permanencia de las comunidades culturales.

c) Lubrificador de la vida internacional. Las estructuras regionales se considerarán con el valor de cuerpos intermedios, absorbiendo *la fuerza de las naciones* y sosteniendo *la debilidad de la sociedad internacional*. Es decir,

⁴ Cons. *Bulletin Européen*, Roma, mayo 1964, pág. 4.

⁵ Vid. LANCE BAILEY: "Le Concert européen et l'époque actuelle", *Revue de l'Université d'Ottawa*, octubre-diciembre 1963, pág. 432; y G. DEL VECCHIO: "Pour la paix du monde", *Bulletin européen*, noviembre 1966, pág. 4.

⁶ Vid. LEANDRO RUBIO GARCÍA: "Superpotencias, estructuras regionales y vertebración mundial", *REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL*, Madrid, noviembre-diciembre 1967, páginas 65-82 (esp., páginas 80-81).

inyectar con su presencia organizada—con un *peso* en la escena mundial—un poco más de *inteligencia* y un poco más de *corazón*—y, por ende, menos política de fuerza, *power politics*—en las relaciones internacionales, contribuyendo a la superación del totalitarismo de las Superpotencias en el monipodio interestatal.

Empresa a llevar a cabo en dos clases de órdenes: 1) salvaguardando y promoviendo con mayor eficacia que en el solo marco estatal el bien común de grupos de personas más amplias que los Estados-naciones, pero sin formar más que una parte de la Humanidad, y 2) constituyendo—aun con el posible inconveniente de inclinarse hacia un particularismo—un elemento de equilibrio mundial, ayudando a cada pueblo al desarrollo de todas sus virtuales y evitando que la estructuración del conjunto mundial se encontrara enormemente obstaculizada por la falta de escalones intermedios o cayera en la vía de un totalitarismo planetario.

Y, en esta textura internacional y con ese talante internacionalista, se fija la atención en la forja del subsistema del mundo occidental, y—aún más exactamente—en el levantamiento de una *verdadera* Unión europea.

I. La cosa no tiene vuelta de hoja. Es la cuestión de una *Europa urgente*⁷.

Ante la evidencia del diálogo entre la U. R. S. S. y los U. S. A.—siempre adversarios o, al menos, rivales, pero no enemigos ya—, es indispensable—más que nunca—trabajar en interponer en tal diálogo una *tercera voz*, capaz de aflojar las hegemonías universales, sugiriendo los arbitrajes necesarios y haciendo participar en el gobierno del mundo a los pueblos que ni viven bajo la bandera roja ni bajo la bandera estrellada.

El asunto es de estremecedora urgencia. Como acaba de decir un espe-

⁷ No se echen a olvido las *urgencias* de la organización de Europa. Por ejemplo, en nuestro tiempo, para tener verdaderamente soberanía nacional son necesarias, *a la vez*, dos clases de armamento: convencional y atómico. Pues bien; ningún Estado europeo puede financiar *al mismo tiempo* esos dos tipos de armamento. Y no son los Estados Unidos quienes privan a los países de la Europa Occidental de su independencia militar, sino el hecho de su pequeñez. Vid. F. O. MIKSCHE: *1970-1980. Capitulation sans guerre*. París, La Table Ronde, 1966, págs. 222-223. Otra faceta de este tipo: dos tercios de los científicos e ingenieros trabajando en el mundo se hallan en los U. S. A. y en la U. R. S. S., y Europa muestra una adversa "balanza de pagos" científica con Norteamérica: ("huida" de cerebros, pago por patentes-licencias). Vid. *The Observer*, Londres, 16 enero 1966, pág. 9.

cialista tan afamado como F. O. Miksche, la historia de los años 1970-1980 podría ser, en el fondo, la de una gran partida de *poker* entre los Estados Unidos, la China roja y la Unión Soviética, rivalidad de potencia donde se decidiría el futuro de Asia, de Africa y hasta de Iberoamérica. Pues bien; el resultado de «esta gigantesca partida—la mayor de todos los tiempos—» afecta, infaliblemente, a la Europa Occidental. Ante los años setenta, con un mundo donde más de 200 millones de estadounidenses, 250 millones de rusos y 800 millones de chinos decidirán el destino de la Humanidad, los 300 millones de europeos—libres pero desunidos—no tienen más que un dilema: *unirse o perder su papel mundial*.

Y, como consigna, el citado Miksche, «si los pueblos de Europa Occidental no se unen rápidamente para formar un peso correspondiente a las nuevas dimensiones del mundo del mañana, perderán su *derecho a la palabra* en la lucha por el nuevo reparto de las esferas de influencia y de las rentas del globo. Incluso, corren el peligro de convertirse en víctimas...».

II. Y lo realmente notable es que, como ha dicho André Fontaine, no se ve quién, fuera de la Unión Europea, puede pretender pesar—con un peso verdadero—sobre la presente diarquía mundial.

Es, poco más o menos, lo que ha señalado Denis de Rougemont: las virtudes y los vicios de Europa, su pasado y su experiencia la hacen doblemente *responsable*—en el sentido *activo* de la palabra—de asumir frente al mundo una vocación para la que ninguna otra cultura y ningún otro régimen parecen poseer los medios para reemplazarla.

III. Necesitamos, pues, una Europa que ha de ser una *fuera con libertad de maniobra*⁸.

Tal dinámica quiere decir, por ejemplo, que la Europa unida no ha de tener en todas partes intereses idénticos a los de los U. S. A. Figuras que van de Kissinger a Miksche se enrolan en esa dirección de pensamiento. Así, Kissinger, mirando hacia el futuro y el papel que China tendrá en él, advierte cómo los estadounidenses podrían llegar a ver cómo una bendición la existencia de una *Europa parcialmente autónoma*.

En ello, lo fundamental es que la Europa unida tiene todo lo que es

⁸ «Europa es una civilización. Será una nación cuando haya recuperado la conciencia de su originalidad, incluso de su superioridad: entonces, su Capital no será ni Moscú ni Washington». GAGLIARDI.

preciso para ser una verdadera Potencia—para ser «la primera Potencia de la tierra», asegurará Denis de Rougemont—, «no por sus dimensiones, sino por su potencial demográfico, económico y cultural».

Veamos los dos aspectos de la cuestión:

a) Para empezar, la Europa no comunista tiene buenas bazas que jugar en el terreno material.

En el sentir de una obra del *Twentieth Century Fund* (1961), esa parte del Continente europeo «posee una importancia económica y cultural fuera de toda relación con su tamaño. Con sólo el tres por ciento de la superficie terrestre mundial y el diez por ciento de su población, y no poseyendo recursos naturales de gran variedad y en abundancia, las gentes de la Europa Occidental producen cerca del veinticinco por ciento de la *renta nacional* mundial, cerca del veinte por ciento de los suministros mundiales en alimentos, el treinta por ciento del acero y un porcentaje semejante del carbón y cuentan con el cuarenta por ciento del comercio exterior universal». Y se resalta la circunstancia de que esta pequeña área es una de las regiones más prósperas y productoras del globo.

Empero, por encima de sus realizaciones materiales, se advierte cómo la influencia cultural e ideológica de Europa ha resultado aún mayor que sus éxitos en el campo económico. A través de sus exploraciones y su colonización y, después, la emigración en masa, Europa trasplantó al Hemisferio Occidental, a Australia, a Nueva Zelanda y a zonas de Asia y de Africa sus fes religiosas y sus instituciones políticas, sus lenguas y literatura, arte y ciencia.

Facetas cumbre de la trayectoria europea contemporánea son su recuperación de las ruinas de la segunda conflagración mundial y el progreso social experimentado en sus tierras.

«*La prostración de Europa al final de la segunda guerra mundial ofrecía pocas esperanzas para la pronta restauración de la salud económica y, en algunos países, hasta parecía dudosa la preservación de las libertades y de las instituciones democráticas.*» Pero he aquí que esta Europa se ha revelado como una región de notable e inesperado renacimiento. Dándose la circunstancia de que si el golpe de la primera guerra mundial se traducía en dos décadas de estancamiento económico y de derrotismo político, el choque de la segunda conflagración universal era la inspiración para un resurgimiento de toda clase de actividad: política, económica y social. Y, tanto política como económicamente, la Europa Occidental ha surgido más

fuerte que antes de la segunda guerra mundial... Como ha indicado A. Heck-scher—Director del *Twentieth Century Fund*—, en muchos sitios parecía fácil escribir, después de la guerra, que Europa carecía de futuro. Pero la recuperación alcanzada por el Continente europeo y el subsiguiente, y firme, avance hacia mayores niveles de vida para todas las clases hacen de la *Europa del presente un gran factor en la escena mundial*.

Dentro de esta Europa, la Europa de los Seis aparece a los ojos de muchos como *uno de los grandes centros mundiales*: «un nuevo complejo de poder capaz de dominar la *heartland* europea». O, como ha dicho la revista *Newsweek*: «The New Europe, in short, is well on the way to becoming a third world power.» Especialista tan renombrado como Kissinger se halla convencido del hecho de que una Europa unida se convertirá inevitablemente en una *tercera fuerza*.

Ello se deduce de las atracciones y reacciones que se concentran sobre la Pequeña Europa del M. C. (de marcado matiz negativo en el caso del bloque soviético y entre los radicales del *tercer mundo*, e interés de las *zonas periféricas*—hasta Nigeria—).

b) Sin embargo, como bien advierte el citado Denis de Rougemont, la suerte de una civilización no depende solamente de este género de posibilidades. Depende, por ejemplo, de su *vocación activa*. Es decir, de la conciencia de esta vocación asumida por los que son los responsables.

Así, hemos de pensar en las bazas de tipo espiritual. De lo que tratamos es de una *Europa original*, defendiendo no tanto un *nivel de vida* cuanto una *forma de existencia*⁹, de una *Europa de las personas y de los pueblos*¹⁰, etc.

⁹ Distinción puesta en relieve por S. S. Pío XII, en 1953, en la alocución al Colegio de Europa de Brujas. Cosa fundamental. Caigase en la cuenta de que para algunos—así Román Perpiñá—el Tratado instituyendo la C. E. E. no es más que un contrato entre seis países de Europa—cual un *konzern* o un *trust* entre empresarios—para su propio y principal beneficio, lamentándose que las condiciones y el procedimiento de la estructuración de Europa—tan firmemente exclusivos—no sean “los apropiados para una sincera, eficiente y próspera cooperación entre la comunidad de todos los países europeos”. Vid. REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, Madrid, noviembre-diciembre 1965, páginas 249-250. Precisamente, en los medios comunistas europeos se sostendrá que la Europa de los Seis, tal como se presenta actualmente, es sobre todo la *Europa de los “trusts”*. Así opina ANTOINE ACQUAVIVA, en *L'Humanité*. Vid. más detalles en *Le Monde*, 27 julio 1966, pág. 5.

¹⁰ Vid. SEMAINES SOCIALES DE FRANCE: *L'Europe des personnes et des peuples*; Lyon, Chronique Sociale de France, 1962, 416 págs. La Europa que queremos—escribe ALE-

Estamos ante la llamada a una *dilatación de las energías espirituales* del mundo europeo. Ardua cuestión, gravísimo asunto, ante tantos perfiles pueriles, o frívolos, de nuestro Continente.

Y es precisamente en el campo de la promoción de los valores que han de ser fundamento y sostén de la existencia de Europa donde vemos la dificultad—la gran dificultad—de la forja de la unidad de Europa.

Ello exige—como jalón previo—entender la unidad europea como un *fin continental*, no—a la manera de De Gaulle, y de otros—como un medio para volver a encontrar o reforzar una determinada influencia *nacional* en el mundo.

Y ello implica darse cuenta de que el concepto de la soberanía a ultranza representará *la célula cancerosa número uno del cuerpo político de los países libres*; que la soberanía se ha vuelto contra la libertad individual que la inspiró; y que una de las razones básicas de la defensa soviética de la soberanía nacional es perpetuar en el mundo no comunista la anarquía del sistema del Estado-nación, en lo cual los comunistas tienen mucho que ganar y los no soviéticos mucho que perder (Goodman)¹¹.

Así, pues, la imperiosa reestructuración de la Comunidad internacional de los países libres debe partir de una *nueva apreciación* de los atributos de la soberanía nacional; los cuales han pasado de moda—al menos, en el Occidente—en los ciento cincuenta años que van desde la edad anterior al vapor hasta la edad de las exploraciones espaciales. La razón reside en que, si se quiere que en los países libres continúe reinando la idea de que el Estado está al servicio del ciudadano, hemos de dejar de afirmar que la *soberanía de la nación* no debe ser sacrificada aunque fuere en beneficio de la *soberanía del ciudadano*. Máxime cuando, como ahora, ello es el único camino para preservar no sólo nuestros derechos de ciudadanos, sino nuestras propias vidas...¹².

Damos por descontada la complejidad de la cuestión. No pensamos que

XANDRE MARC, estudiando *Europa en el mundo*, en 1965—no debe convertirse en un enorme *melting-pot*. Fusionar pueblos, culturas, tradiciones, realidades múltiples equivaldría a la muerte de Europa. Y añade que el reconocimiento de las diversidades, lejos de eliminar la unidad, aparece como un complemento indispensable: «polaridad de la que procede el federalismo"... Recuérdese cómo el binomio *diversidad comunidad* era tema cumbre en el Congreso de La Haya de 1948.

¹¹ Vid. CLARENCE K. STREIT: *Freedom's Frontier: Atlantic Union Now*, Washington, 1961, págs. 90 y sigs.

¹² - C. K. STREIT, cit. ant., pág. 178.

el problema es sencillo¹³. Primeramente, vemos que es más fácil despertar el entusiasmo prometiendo un paraíso en la tierra que prometiendo fines limitados. Por otro, no olvidemos que nos movemos en el terreno político. ¿Y qué?, replicará alguno. Va la respuesta.

La política debe inspirarse en fines que son los del hombre y hemos de contar con que, en este sentido, se halla sometida a la realidad. Con una particularidad: ella se mueve en el dominio de la relación de fuerzas que constituye la ley de las sociedades humanas. De ahí que tenga razón, toda la razón, Jeanne Hersch cuando asegura: no se hace política con el puro Maquiavelo, pero tampoco se hace con el puro Kant.

¿Éntrase en la medula de lo que significa esa aseveración?

Para una sociedad, es un deber, en nombre de los valores espirituales que ha de salvaguardar, el saber defenderlos en el plano del realismo político. Así, sostendremos, con el P. Daniélou, que la historia humana ni es reducible a una pura batalla de fieras ni a un reino de la moralidad. Ella es un esfuerzo para hacer triunfar los valores morales, pero en un mundo que es también el de una relación de fuerzas. El poder es un elemento esencial de la política al lado de la ley. Y esto se halla ligado a la esencia misma de la sociedad temporal, a la naturaleza contingente de los hechos políticos—que jamás son totalmente permeables a la moralidad—. Las *données* de hecho—económicas, demográficas, políticas—integran el concreto contexto en cuyo interior es preciso buscar las soluciones de equilibrio. Por ejemplo, los objetores de conciencia frecuentemente sacan de los primeros cristianos el argumento de la negativa a cumplir el servicio militar. Pero Hans von Campenhausen ha mostrado que esto no impedía a los primeros cristianos el rezar por los Ejércitos que protegían las fronteras del Imperio. Y, cuando el Imperio se cristianizó, los cristianos se encontraron con que tenían que asumir la responsabilidad del Estado, y desde ese momento han asumido las responsabilidades militares...

Esto nos muestra el carácter *limitado* de la sociedad política y el peligro de proyectar sobre ella las aspiraciones mesiánicas, de esperar más de lo que ella puede dar. Este es, precisamente, el error—el gran error— de todas las religiones seculares, sean liberales o totalitarias. *Haciendo que los espíritus se desvíen de las tareas políticas reales, ellas falsean las realidades de la política.*

¹³ Vid. LEANDRO RUBIO GARCÍA: "La tradición de la libertad...", cit. ant., páginas 19-20.

Aspecto fundamental a la hora de pensar en la estructuración de una Comunidad de pueblos libres—singularmente, de la Comunidad de las naciones europeas—, en marcha hacia una verdadera Comunidad mundial.

IV. Así, finalmente, nos encontramos con la última dimensión de esta Europa unida: una *gran Europa abierta*¹⁴.

La gran empresa de Europa es la llamada *función planetaria unificadora*. Esa ha de ser—en la era técnica—la obligación primera de una civilización, de una verdadera civilización. Partiendo del logrado ejemplo de una gran urdimbre federal, servir de gran modelo para el *tercer mundo*, para Rusia, para América... O, por lo menos, de gran lección, de lección *práctica*...

LEANDRO RUBIO GARCIA

¹⁴ El slogan “del nacionalismo al internacionalismo por el regionalismo” sólo está plenamente justificado en tanto que se trate de un regionalismo abierto. Vid. R. J. DURUY: “Démocratie et société internationale”, *Cahiers de l'I. S. E. A.*, París, 144, diciembre 1963, págs. 70-71.